

Borrando los sexos, creando los géneros

Construcción de identidades de género en los deportes ecuestres en Montevideo y Río de Janeiro¹.

Luiz Fernando Rojo

Departamento de Antropología - UFF

1. Presentación de la investigación

Aunque su interés central sea la ruptura de la “matriz heterosexual”, la discusión que Butler (2003) establece sobre las identidades de género “que no podrían existir” – o sea, las que no se generan a partir de las diferencias sexuales – puede ser extendida para hablar de una diversidad de identidades de género que se construyesen en contextos donde las diferencias estén hechas desde otro conjunto de relaciones.

Entre los años de 2007 y 2008, he desarrollado una investigación comparativa, entre las ciudades de Montevideo y Río de Janeiro, en uno de estos contextos: los clubes y federaciones donde se practican y organizan los deportes ecuestres. La opción por este locus en particular está profundamente anclada en la propia cuestión que presentaré en este artículo: cómo se organizan las identidades de género en situaciones en las que las diferencias de sexo, aunque sean percibidas, no ocupan el eje central de las construcciones identitarias. Esta cuestión orientó la opción por el único deporte olímpico en el cual hombres y mujeres compiten juntos, en todas sus modalidades y categorías. Los deportes ecuestres, dicho por uno mismo de sus dirigentes, sería así “el único deporte que no establece separación entre hombres y mujeres, el único deporte donde no hay machismo”.

Una vez definido aquello que iba a investigar en las aldeas, la discusión en torno a en cuáles aldeas hacerlo (Geertz, 1989) se basó en cuestiones, sobre todo, pragmáticas. Con una beca de investigador asociado en la

¹ Agradezco a Raquel Georgiadis, amiga y colega en la Antropología, por la amistad hecha en los días pasados en Montevideo y por la paciencia con los muchos errores de mi castellano escrito, en la revisión de este artículo.

Universidad Federal Fluminense², y viviendo en la ciudad de Río de Janeiro, la opción por ésta fue “casi natural”. La intención de hacer un estudio comparativo, en el ámbito del Mercosur, donde ya hace algunos años se desarrolla un grupo de estudios en Antropología de los Deportes y la percepción de que la casi totalidad de trabajos comparativos, en este grupo, se hacia entre Brasil y Argentina, me hizo escoger a Montevideo como espacio de comparación.

Así, entre abril de 2007 y julio de 2008, empecé a frecuentar las instalaciones de la Sociedad Hípica Brasileira (SHB), una vez establecido el contacto inicial con los dirigentes de la Confederación Brasileira de Hipismo (CBH), quienes no solamente autorizaran la investigación, sino también ayudaran con muchas y valiosas informaciones y con el poco material histórico que tendrían³. En el mismo periodo mantuve contactos con la Federación Uruguaya de Deportes Ecuestres, para el trabajo de campo en Montevideo que fue hecho en dos periodos cortos, de diez días de duración cada uno, en mayo y diciembre de 2007 y uno mayor, de un mes, en agosto del mismo año.

En las dos ciudades intenté, dadas las restricciones del menor tiempo disponible para la investigación en Montevideo y las propias de un deporte que me dejaba casi la totalidad del tiempo como un observador (que solo podría “participar” como espectador), superar los límites de la participación a través de un mayor énfasis en la observación de los usos del cuerpo (Mauss, 1968). Así, aunque también hice una cantidad significativa de entrevistas, con los caballeros y amazonas pero también con dirigentes, personal de apoyo y familiares, muchas observaciones fueron posibles desde una mirada, que iba aprendiendo con el tiempo, hacia los diversos aspectos del “habitus” (Bourdieu, 1992) corporal de los practicantes de este deporte.

En este artículo, mi intención es presentar los resultados finales de esta investigación, subrayando las articulaciones entre estos usos del cuerpo, la construcción de las emociones – principalmente el coraje y la sensibilidad en el trato con los animales – y las identidades de género.

2 La beca fue ofertada por la Fundación de Amparo a la Investigación del Estado de Río de Janeiro (FAPERJ) a quien agradezco la posibilidad de desarrollar este estudio comparativo.

3 Tanto en Río de Janeiro como en Montevideo, una de las cosas que llamaron mi atención fue la poca atención que los órganos dirigentes prestaban a la manutención de la historia de este deporte.

2. Los deportes ecuestres en Montevideo y Río de Janeiro

Los deportes ecuestres son divididos en ocho modalidades: salto; adiestramiento; concurso completo (CCE) – que son las tres modalidades olímpicas – especial (paraecuestre); reatas; enduro; volteo y “driving”. En esta investigación he optado por analizar solamente las dos primeras, que son desarrolladas en las dos ciudades y atraen una atención más amplia justamente por estar en el programa de los Juegos Olímpicos. También hay que agregar que esta opción permite una mayor homogeneidad en lo que dice respecto a la cuestión de clase social, una vez que estas dos modalidades son practicadas, en Montevideo y en el Río de Janeiro, en su casi totalidad, por personas de las elites económicas y sociales de estas dos ciudades.

La modalidad salto, que es considerada la de mayor destaque en los deportes ecuestres, es realizada en una pista que contiene entre diez a quince obstáculos, de altura y extensión que varían de acuerdo con el nivel de cada prueba, que los conjuntos deben saltar sin derrumbarlos (cada obstáculo derribado resulta en una pérdida de cuatro puntos), sin hacer desobediencias (pérdida de cuatro puntos en la primera vez y eliminación en la siguiente) y sin caer del caballo (eliminación inmediata), dentro de un límite de tiempo específico (algunas pruebas indican un tiempo ideal, mínimo y máximo, en que el recorrido debe ser realizado).

La variación de altura de los obstáculos es uno de los principales indicadores del desarrollo de los conjuntos y, junto a la edad del caballero/amazona y la del propio animal, uno de los elementos que ubican cada conjunto (uno puede competir, con animales distintos, en más de una categoría) en las clases de esta modalidad. Más allá de estos clasificadores hay una distinción entre categorías “amadoras” y “abiertas”, donde los premios pueden ser en dinero. En general, uno empieza en la “escuela”, donde los obstáculos tienen 0,6 m, y puede llegar hasta las competencias internacionales, donde hay distintos grados de obstáculos no sólo en altura, que varían de 1,4m hasta 1,8m, sino también en largo, casi siempre con la presencia de un “río”⁴, cuya agua puede generar reacciones distintas en el animal y dificultar su control.

En el adiestramiento, por su parte, las pruebas se realizan en un área rectangular, en la cual el conjunto debe realizar una serie de coreografías y

4 El “río” es, en verdad, un pequeño trozo de agua, de aproximadamente un metro de extensión y dos metros de ancho.

cambios de ritmos⁵, demostrando una perfecta armonía entre el caballero o amazona y el animal. Así, contrario a lo que sucede en la competencia de salto, la evaluación en el adiestramiento se basa en una extrema subjetividad del grupo de jueces que mira la perfección de ejecución de los movimientos. Las categorías existentes en esta modalidad están asociadas a una progresiva ampliación del nivel de dificultad de las “reprises”⁶.

Una de las primeras características que pude observar, desde el inicio del trabajo de campo, fue que tanto en Río de Janeiro como en Montevideo las pruebas de adiestramiento atraían un número mucho menor de participantes y de público. Aún más significativo para un análisis de la construcción de las identidades de género es que éstas eran consideradas pruebas “femeninas”, mismo en Montevideo donde atraen un número considerable de militares, por una particularidad del desarrollo del deporte en esta ciudad⁷. La combinación de estas dos características puede ser sintetizada en una frase sobre el adiestramiento que me fuera dicha en una conversación con un directivo de un club hípico en Montevideo, mientras esperábamos el inicio de una competición y yo le preguntaba sobre la poca participación de la gente en esta modalidad, lo que provocó que él, en tono irónico, me respondiera con otra pregunta: “¿sabe como llamamos al adiestramiento en Uruguay?”. Cuando le dije que no lo sabía, él mismo respondió: “¡la hermana puta!” con una sonora carcajada. Intentando que hablara más de esto, mantuve la conversación y él, entonces, me dijo que “todos saben que hay que mantenerlo (el adiestramiento), pero que a nadie le interesa porque no tiene atractivo, puede ser bueno para que uno empiece a conocerlo, pero quien quiere hacer **deporte ecuestre de verdad**, quiere saltar” (el énfasis, en la conversación, fue del propio directivo).

Una vez que en Río de Janeiro se encuentra la misma descalificación del adiestramiento, aunque la haya percibido con otras palabras (quizá por no obtener, en el campo hecho en Río, la misma facilidad de conversaciones

5 Los ritmos en los deportes ecuestres son, del más lento al más rápido: paso; trote y galope. En la prueba es medida la facilidad que el conjunto hace los distintos cambios, sin que el animal tenga reacciones a los comandos para esto.

6 Se le llama “reprise” a la secuencia de movimientos que el conjunto debe ejecutar y que debe ser entregada antes del inicio de la prueba a lo grupo de jueces.

7 El adiestramiento es también una de las pruebas que forman el concurso completo, que en Montevideo es casi solamente disputada por militares. Así, muchos de éstos, participan de competencias de adiestramiento como un entrenamiento para el concurso completo, lo que refuerza la descalificación de aquella modalidad como un objetivo en si misma.

informales que conseguí en Montevideo), la comparación de esta modalidad con el salto se presentó como una importante senda para investigar las diferencias de género, en un deporte que esgrime no presentar diferencias entre los sexos.

3. Las identidades de género y los deportes ecuestres

Fue por este camino comparativo, entre el salto y el adiestramiento, que llegué a la percepción de que, si no existían distinciones formales entre hombres y mujeres en el deporte – aunque solamente en relación a sus practicantes, dada su explícita presencia en la parte directiva – esto no significaba la inexistencia de distinciones de género en él.

En un primer momento, siguiendo las construcciones locales tanto como los estereotipos generalmente asociados, podría pensar en términos de un par de oposiciones simples, relacionando el salto con lo masculino y el adiestramiento con lo femenino. Pero hacerlo sería naturalizar estas distinciones, cuando las interpretaciones que empezaba a construir, principalmente de los discursos emotivos asociados a cada una de estas dos modalidades y a cada uno de los sexos, apuntaba para una no esencialización de los rasgos característicos de hombres y mujeres. Así, tanto las diferencias encontradas entre Río de Janeiro y Montevideo, como el énfasis sobre las excepciones frente a estos estereotipos, indicarían que el análisis de estas identidades tendría que permitir la comprensión de un cuadro más complejo que aquel inicialmente dibujado.

Lo que voy presentar, en esta parte de este artículo, es el recorrido teórico y etnográfico que hice para intentar comprender cómo la no distinción entre hombres y mujeres, en las pistas de competición de los deportes ecuestres, puede borrar las diferencias entre los sexos como una estrategia para la creación de nuevas identidades de género. En los límites de este artículo hago la opción de no desarrollar las análisis del percurso histórico que este deporte hizo para llegar a las actuales relaciones de género existentes⁸. Este camino puede ser encontrado, en nivel internacional, en la autobiografía de la primera mujer a lograr una medalla olímpica en el salto, la británica Pat Smythe (1992) y, en lo que dice respecto a los deportes ecuestres en Brasil, en la obra

8 Esta análisis está hecha en Rojo (2009).

de uno de sus principales caballeros de los años 60, Ferreira (1999).

Para esto, uno de los pasos iniciales fue dirigir una mayor atención hacia los aspectos identitarios de esta construcción. Al igual que sucede con el concepto de cultura, el de identidad no presenta consenso sobre su significado. Desde una perspectiva objetivista, la identidad puede ser pensada como una “esencia”, un conjunto de elementos heredados, ya sea desde una transmisión fuertemente marcada por la pertenencia étnica, o a través del grupo cultural de origen, pero en ambos imponiéndose de un modo absoluto al individuo o, por el contrario, como una simple composición de atributos socialmente disponibles y organizados individualmente – a la que el proceso de globalización impondría considerablemente una ampliación de su fluidez, por propiciar un alargamiento sin precedentes de la posibilidad de elegir estos atributos, ya no circunscritos a la localidad (Hall, 1996).

Por otro lado, la proliferación de los discursos identitarios puede ser valorada como consecuencia de la entrada en escena de actores sociales diferenciados, que claman por sus especificidades en los distintos contextos de la arena social, o vista como una “moda”, que en su apelación simultánea a múltiples registros semánticos – político, religioso, cultural, lingüístico, étnico u sexual – debe ser “mirada con sospecha” (Labica, 1998).

Así, cuando se habla de “identidad de género”, la primera cuestión que se impone, aunque raramente explicitada en la mayor parte de los trabajos sobre este tema, es: ¿Qué se entiende por “identidad”? Desde mi perspectiva, muchas de las diferencias que se presentan en relación a las cuestiones referentes al género pueden tener su origen justamente en no identificar como problema lo que cada autor entiende como “identidad”.

En esta dirección, cuando hablo de “identidades de género”, tengo en mente una concepción de identidad que “se construye y se reconstruye permanentemente en el interior de los cambios sociales” (Cuche, 1999:183). Este autor nomina esta formulación de “relacional” y la remite a obra de Barth (1995). En esta perspectiva, la identidad es comprendida como poseedora de sentido solamente a través de la percepción del contexto en el cual está inserta, una vez que “no hay identidad en sí misma, tampoco únicamente para sí. La identidad existe siempre en relación a otra” (Cuche, 1999:183).

Esa asociación de la identidad con la alteridad, entre tanto, debe ser comprendida desde una perspectiva dinámica de la constitución de las identidades. Esto porque no sería incoherente, para uno que defiende la posición de

que éstas sean atributos finos, que cada una sea entendida como opuesta a otra, que también sea fija. Así, desde el punto de vista específico de este artículo, aquellos que piensan lo “masculino” y lo “femenino” como géneros inherentes a hombres y mujeres, no tendrían problemas en pensarlos desde el punto de vista relacional.

Es por esta razón que Gallissot (1987) prefiere trabajar con el concepto de “identificación”, que permitiría enfatizar la capacidad de transformación de los contextos sociales, con el consecuente cambio de las identidades que se constituyen desde éstos. Las identidades, desde esta mirada, no serían percibidas como atributos de los individuos o de los grupos sociales, sino de los contextos en los cuales éstos estarían inseridos y, por lo tanto, fuertemente marcadas por las relaciones de poder existentes en ellos. Diversos autores (Simon, 1979; Bourdieu, 1980; 1982; Pizzorno, 2000) discuten cómo las distintas identidades son conformadas en una negociación entre una “auto-identidad definida por si mismo y una exo-identidad definida por los otros” (Simon, 1979:24), siendo el resultado de esta negociación – o sea, la identidad socialmente reconocida – pendiente de la posición relativa de poder entre los distintos grupos.

Considero que es necesario, desde una posición acorde con las interpretaciones presentadas anteriormente, enfatizar que entendemos el poder no como cristalizado en un determinado grupo social, sino presente en cada relación, en cada contexto de interacción entre grupos o individuos. Entonces tendremos que analizar una compleja red de “micro-disputas” de afirmaciones y imposiciones de identidades, en espacios sociales donde los desequilibrios de poder no son suficientemente significativos para instituir, con un mínimo de permanencia, los reconocimientos legítimos de si y del otro, desde una posición dominante. Esto no implica negar la existencia de otros espacios sociales, en los cuales la relación de dominación/subalternidad esté más consolidada, pero brinda un instrumental de análisis que posibilita, incluso en el interior de esta relación, descubrir sus heterogeneidades y las relaciones de poder internas a cada grupo que permiten/imponen que los “dominantes” y los “subalternos” se presenten con una identidad única.

Así, sea en el campo de las disputas sociales o en los textos académicos, cuando determinado discurso feminista reduce el complejo juego de poder de las relaciones entre los múltiples géneros a una polaridad “los hombres”/“las mujeres”, esto reproduce una forma específica de relacionarse con la alteridad que ya fue discutida por Said (1990). Esto porque, aunque las diferencias

entre los términos sea expresiva, tanto “los orientales” como “los hombres” implican en la imposición de una mono-identificación desde una mirada para la cual las diferencias internas de este “otro”, del cual se habla, no son consideradas significativas. En otro plano de análisis, cuando se cambia el foco hacia las diferencias internas, cuando se pretende dar voz a “las mujeres”, alzándolas a la posición de sujeto – sujeto político y sujeto de saber – ¿son todas las mujeres que hablan o, reflexionando desde la perspectiva de Spivak (1988), que se instituyen nuevas subalternidades femeninas y son, una vez más, silenciadas?

De esta manera, la identidad de género, como cualquier otra identidad, significa al mismo tiempo una inclusión – hombres o mujeres a los que reconozco compartiendo lo que entiendo por ser hombre o mujer – y una exclusión de modos de ejercer la masculinidad o la feminidad que identifico como radicalmente distintos del mío. En este sentido, hablar de identidades de género es mucho más que reconocer que lo que construye hombres y mujeres en cada sociedad está profundamente atravesado por la cultura y no sólo por las diferencias biológicamente dadas; es hablar de diferentes aprehensiones de estos valores, a través de los cuales uno se reconoce como hombre u mujer. Valores que cambian históricamente, culturalmente y contextualmente y que están profundamente conectados con una dinámica de poder y de silenciamiento de identidades “subalternas”, oponiéndose así a otras formas de ser hombre o de ser mujer, que rompen con los valores hegemónicos dentro de cada contexto social.

Pensar desde este punto de vista es tener por base no solamente todo el cúmulo de reflexiones producidas por los “feminismos”, pero también los recientes desarrollos de los “estudios de la masculinidad”. Estudios éstos que cuestionan el hecho de que “el androcentrismo de que la Antropología fue acusada por el feminismo, no sólo silenció la voz de las mujeres; sino que silenció también la diversidad de voces masculinas, su visión a menudo disidente de la homología masculino/público/político – en resumen, de la masculinidad hegemónica” (Vale de Almeida, 1995:129). En su investigación sobre las distintas formas de construcción del masculino, desde una pequeña aldea en el interior de Portugal, este autor discute cómo los géneros ya fueron, a través de la historia, asociados a valores opuestos a los actuales, como por ejemplo en el “lugar común de que los hombres quieren sexo y las mujeres relaciones ser la inversión de las nociones pré-iluministas que, desde la

Antigüedad, relacionaban el hombre a la amistad y la sexualidad a la mujer” (ib: 86). Al mismo tiempo, él procura ir más allá de una comprensión meramente historicista de estas diferencias. Así, “ser hombre en Pardais no es lo mismo que serlo entre los letrados lisboetas en cuyo medio circulo. Ser hombre no es lo mismo para quien sigue la norma social de la heterosexualidad o para quién asume la bi- o la homosexualidad. Podría decirse lo mismo si se comparasen, en lugar de opciones de orientación sexual, las clases sociales, los niveles de instrucción, las afiliaciones étnicas o religiosas o cualquier otro nivel de identidad social que se mezcle con el género” (ibid: 129).

Más allá de asumir que todo lo que Vale de Almeida afirma para los hombres puede ser extendido a las mujeres, entiendo que hacer reflejar la noción de identificación, tal como fue presentada en el ítem anterior, sobre los distintos niveles que interactúan con el género, puede reforzar la comprensión de que cada una de estas identidades no son atributos de individuos o grupos sociales específicos, sino construcciones propias de las relaciones sociales. Llevar hasta las últimas consecuencias la concepción de que la identidad se construye en los contextos sociales es pensar que no existe una identidad de género esencial, y sí que la misma persona puede asumir diferentes identidades, desde su posición en el ambiente profesional, religioso, familiar o deportivo (para retomar el tema de que trato en esta investigación).

Fue desde esta referencia teórica que investigué los discursos sobre relaciones de género que se construyen no sólo por los practicantes de los deportes ecuestres, sino también por los entrenadores y directivos, en distintos contextos: competición, entrenamiento y espacios de sociabilidad en los clubes hípicas. La cuestión central de mi investigación consistió en reconocer cómo la ya referida dimensión de igualdad formal entre los sexos es pensada en los deportes ecuestres por las personas inmersas en su cotidianeidad y el modo en que esta característica es reproducida (o no) en los comportamientos concretos al interior de este deporte

Con este objetivo intenté identificar si, en estos diferentes contextos, el género permanecería como una variable ausente (como sucede en el discurso de por lo menos algunos de sus practicantes y directivos) o si sería reintroducido como elemento generador de privilegios o expectativas diferenciadas entre hombres y mujeres.

En este sentido, dos aspectos llamaron mi atención desde el inicio del trabajo de campo: la desigual distribución de hombres y mujeres entre las

modalidades de salto y adiestramiento y, en lo que respecta la primera de éstas, la progresiva disminución de la presencia de mujeres a medida que se incrementa la altura de los obstáculos a saltar. Además, si la primera de estas características era más significativa en Río de Janeiro que en Montevideo – aunque sí excluyese los militares que practican adiestramiento en esta ciudad⁹, la diferencia casi desaparecería – la reducción de mujeres en las pruebas de salto con obstáculos más altos es común en las dos ciudades.

La existencia de estas nítidas distinciones entre hombres y mujeres en un deporte que se afirma “libre de prejuicios de sexo”, como llamó mi atención uno de sus practicantes, fue uno de los principales puntos de partida para desarrollar la perspectiva que intento afirmar en este trabajo, que los deportes ecuestres efectivamente “borran los sexos”. Pero lo hacen en la misma medida que “crean géneros” y, al hacerlo, reposicionan distinciones que, aunque tengan por base a los “hombres” y las “mujeres” que, como afirma Yanagisako (1988), es uno de los puntos centrales de la teoría “occidental” sobre los géneros, en realidad los superan.

Este proceso de creación de géneros – podría clasificarlos, por lo menos provisoriamente, de género “adiestramiento” y género “salto” – está fuertemente anclado a los discursos emotivos que asocian estas modalidades con la construcción de las identidades de género.

Así, tanto entre los caballeros como entre las amazonas, el miedo es una emoción siempre presente en los que actúan en una modalidad – como es el salto – donde la posibilidad de accidentes, que en general están asociados con la caída del caballo, aunque no sea muy alta hace que resulte extraño lo que no tiene ninguna historia de caída para contar. Incluso en la categoría de iniciantes pude conocer un niño, de poco más de diez años, que tuvo que quedarse inactivo por algunos meses por efecto de lo rompimiento de un músculo de su perna por ocasión de una queda. Es posible, también, identificar una aura de encanto alrededor de las cicatrices adquiridas en entrenamientos y competiciones que, en su relación con la visibilidad de una pertenencia identitaria – fue interesante notar cómo muchos de ellos demostraban interés de mostrarme sus cicatrices – y cómo una prueba concreta de superación del

9 La fuerte presencia de militares en esta modalidad, en Montevideo, llamó mi atención, lo que me hizo descubrir que la mayoría utilizaba estas pruebas como entrenamiento para el concurso completo de equitación (que consiste de una prueba de adiestramiento, una de salto y una de “cross-country”, realizadas en secuencia de tres días) y que tiene fuerte tradición entre los militares uruguayos.

miedo (una vez que seguían saltando incluso después de estos accidentes), permiten reposicionar los análisis historicistas de Delumeau (1989) y Gay (1995) sobre el miedo y las cicatrices, desde un enfoque contextualista que lleve en consideración que éstas, cuando se muestran al antropólogo, actúan como un discurso sobre las emociones, que tiene como objetivo reforzar sus posiciones en el juego de las identidades de género locales. El hecho de que estas cicatrices, así como la forma de mostrarla, era prácticamente la misma entre hombres y mujeres, refuerza mi interpretación de que estos discursos marcan fuertemente la separación entre los dos géneros “creados” en los deportes ecuestres (una vez que los que practican adiestramiento, por las características mismas de esta modalidad, casi nunca caen de los caballos y, si lo hacen, la inexistencia de obstáculos hacen sus efectos de poco impacto), que la distinción entre “masculino” y “femenino”.

Para analizar estos discursos sobre las emociones, que son fundamentales para comprender la construcción de los géneros en los deportes ecuestres, sigo la perspectiva teórica de Lutz y Abu-Lughod (1990), que estas autoras denominan de “concepción contextualista de las emociones”, enfatizando dos de sus conclusiones. La primera de ellas es que “cualquier discurso sobre la emoción es también un discurso sobre género”, que resalta el hecho de una “retórica de control” de las emociones fuertemente asociada con las identidades de género y el ejercicio del poder. La segunda conclusión de estas autoras indica que, en el análisis de estos discursos, uno no puede limitarse a la interpretación de lo que he hablado u escrito, aunque no se trate de negar la importancia de las comunicaciones orales.

Así, en mi intento de interpretar las construcciones de identidades de género en este deporte, procuré observar algunas de las manifestaciones corporales que hacían parte de los “discursos” de sus practicantes. Entre éstas destacaron el uso del azote durante las pruebas y los mimos a los animales después de la participación de uno, que pueden ser percibidas también como discursos emotivos.

Los discursos sobre miedo y coraje

El análisis de los discursos orales sobre el miedo y el coraje de caballeros y amazonas permite cuestionar la permanente reafirmación de los deportes ecuestres como un espacio de igualdad de condiciones entre hombres y mujeres. Más allá del hecho de que esta igualdad formal, efectivamente existente, es

atravesada por las desigualdades presentes en las propias sociedades (Río de Janeiro y Montevideo), parece haber también una reinserción de las diferencias entre los sexos a través de lo que es percibido, en el “discurso nativo” como características “naturales” de hombres y mujeres, asociadas a la emoción.

Así, en Río de Janeiro, pude oír las siguientes afirmaciones, tanto sobre el coraje y el miedo, como en relación a la mayor sensibilidad de la mujer en el trato con los caballos:

“El hombre tiene más coraje, enfrenta más el miedo y la mujer tiene más temor, **aunque algunas mujeres sean muy corajudas también**, que caen, levantan y siguen compitiendo, pero esto es menos común” (amazona, 28 años).

“Yo pienso que el miedo puede ser una desventaja para las mujeres. Para mí, ellas son un poco más cuidadosas. **Hay algunas excepciones**, que tienen mucha fuerza de voluntad, muchas ganas, pero en general las mujeres son más cuidadosas, entonces es posible que con esto ellas tengan alguna desventaja en las pruebas más altas” (caballero, cerca de 50 años).

“La mujer, justo por ser más emotiva, puede usar su sexto sentido para saber cómo está su caballo. La mujer siempre se preocupa más con el sentimiento, el suyo propio y el de los otros, incluso el del animal, mientras el hombre quiere saber si él ha comido bien, si está bien tratado, si no tiene problemas de salud, pero no habla con el caballo, **aunque haya algunos hombres, principalmente en el adiestramiento, que sean más sensibles**” (amazona, 23 años).

Una primera mirada sobre estas afirmaciones podría llevar a creer que el coraje y la sensibilidad anularían una a la otra, permitiendo con esto un equilibrio en las competiciones, como escuché durante una conversación:

“El hombre es más corajudo sí, pero la mujer siente más el caballo, incluso en Europa, en la actualidad, sólo contratan tratadoras para los animales, porque ellas entienden al caballo, consiguen relacionarse con ellos como un hombre, en general, no lo haría. Entonces vuelve todo a un mismo punto de igualdad, no hay diferencia entre hombres y mujeres en los deportes ecuestres” (caballero, 43 años).

Hablando de los mismos temas en Montevideo, lo primero que llamó mi atención fue escuchar que sus opiniones sobre el miedo y el coraje aparecen con “signos contrarios” en relación a lo que pude observar en Río de Janeiro.

Aquí, como los siguientes fragmentos de entrevistas permiten interpretar, el “coraje de los hombres” aparece como un atributo perjudicial, mientras el “miedo de las mujeres” sería una ventaja para ellas. Del mismo modo, la mayor sensibilidad de las mujeres – que aquí sería vista como “excesiva” – reequilibraría este juego de competencias.

“El miedo hace que la mujer ponga más atención en la aproximación de los obstáculos y así va hacia ellos usando más su técnica” (caballero militar, cerca de 35 años).

“Las mujeres son más cuidadosas porque tienen miedo de los obstáculos. Los hombres, como no pueden demostrar este miedo, los atacan de cualquier modo y, con esto, hacen muchas más infracciones que las que harían si tuvieran respeto a los obstáculos” (amazona retirada, cerca de 45 años).

“Es verdad que muchas veces, en esto de involucrarse demasiado con los caballos, los mimamos demasiado y cuando es necesario exigir un poco más de ellos las mujeres no lo logramos, por lástima, para no forzar el caballo más allá de los que imaginamos que él puede alcanzar. Los tratamos como hijos, de quien consentimos todo, mientras que los hombres consiguen sacar mucho más de ellos” (amazona, 29 años).

La comparación entre los dos grupos de entrevistas indica que, tanto en Río de Janeiro como en Montevideo, los practicantes de los deportes ecuestres refuerzan la percepción generalizada acerca de la capacidad innata de la mujer hacia el desarrollo de la afectividad, lo que ya fue discutido, entre otras, por Lutz (1990), para quien, “en Occidente”, “la emoción, como la mujer, es típicamente entendida como alguna cosa natural y no como culturalmente construida”. Al mismo tiempo, esta comparación permite establecer, al analizar las “márgenes” de la sociedad occidental, un interesante diálogo con lo que esta misma autora definió como el doble abordaje de la concepción “euroamericana” de las emociones. Así, para Lutz, las emociones se ubicarían en un polo negativo cuando al contraponerse al pensamiento, a la racionalidad lógica y científica, pero asumirían una positividad al oponerse a un distanciamiento del mundo, percibiéndose allí como un espacio de autenticidad. En los dos casos, sin embargo, las emociones son comprendidas como atributos esencialmente asociados a lo femenino y a la naturaleza.

Se torna importante la constatación de la mayor sensibilidad de las amazonas en relación a los animales, ya que, en los discursos observados en campo, aparecen como resultado inmediato de lo que Lutz llama de “expertise” femenina en relación a las emociones asumen, en Montevideo y en Río de Janeiro, respectivamente, estas dos atribuciones (negativa y positiva).

Así, en Montevideo, los valores negativos atribuidos a las emociones en juego en los deportes ecuestres, principalmente el coraje de los hombres y la sensibilidad de las mujeres, pueden ayudarnos a comprender la dimensión “micropolítica” de las relaciones de género en el contexto de este grupo social. Esta dimensión, a su vez, parece iluminar aspectos de la sociedad uruguaya más amplia, que ya fueran discutidos por Barrán (2004) y apuntan hacia una inversión significativa respecto al control de las emociones por parte justamente de su elite socioeconómica de la cual, como ya fue presentado en este artículo, los practicantes de estas modalidades ecuestres específicas son, en su mayoría, oriundos. De esta manera, tanto el coraje como la afectividad, cuando no se encuentran contenidas en límites aceptables, serían vistas como emociones potencialmente disruptivas, pasibles de propiciar la pérdida de lo control (sobre si mismo o sobre el animal) y la consecuente disminución de la capacidad competitiva de los atletas.

Por otro lado, en Río de Janeiro, tendríamos la valoración de una mayor expresividad emotiva, donde tanto el coraje asociado a lo masculino como la mayor sensibilidad en el trato hacia los caballos – concebida como innata en las mujeres y muchas veces relacionada con los “instintos” de cuidado asociados a la maternidad – son percibidos como características que favorecerían a los hombres y a las mujeres, respectivamente, y serían responsables, en gran medida, por el “equilibrio” entre los sexos en la esfera de las competiciones de este deporte. Del mismo modo, estos discursos emotivos presentes en el mundo hípico de Río de Janeiro se presenta en sintonía con el modo en que la expresividad emocional es pensada, no sólo por el sentido común, sino también por gran parte de la prensa deportiva brasilera y está de acuerdo con diversas lecturas académicas, que identifican esta “cordialidad”¹⁰ como trazo característico de una “identidad nacional”.

Sin embargo, dejando a un lado los discursos nativos que hablan de

¹⁰ Utilizo “cordialidad” aquí en el sentido adoptado por Hollanda (1998), que pone énfasis en los aspectos emocionales, o sea, nacidos en el corazón.

“hombres” y “mujeres”, desde la interpretación antropológica, puedo percibir no sólo la asociación de estas emociones a los sexos, sino también la permanente presencia – en estos mismos discursos – de las excepciones discordantes con estos estereotipos de sexo. A medida que pude percibir que, en general, estas excepciones estaban fuertemente relacionadas a hombres que practicaban el adiestramiento y a mujeres que competían en los niveles más altos de las pruebas de salto, reconocí que los deportes ecuestres efectivamente borran tanto los sexos, como la forma tradicional de pensar sobre las identidades de género. Así, aquí no tendríamos la transposición inmediata de “hombre” para “masculino” o “mujer” para “femenino”, sino la construcción de dos géneros principales, que sólo tienen sentido en el contexto de este deporte, que son la identidad de género “adiestramiento” y la identidad de género “salto” que, aunque sean construidos bajo las características generalmente asociadas, respectivamente, a mujeres y hombres, pueden ser vividos por los dos sexos. Hay que resaltar, también, que esto no tiene relación directa con la cuestión de las distintas opciones sexuales. De este modo, aquellas dos personas que me transmitieron su afirmación en tanto homosexual (una amazona) y bisexual (un caballero), en el contexto deportivo, se percibían nítidamente como poseedores de la misma identidad de género “salto” que otros tantos caballeros y amazonas heterosexuales.

La afirmación de estas identidades de género específicas del contexto hípico puede ser encontrada también en las manifestaciones corporales, entre las cuales el uso del azote aparece como una de las más significativas.

El azote es parte de los accesorios de quien practica los deportes ecuestres y, aunque su incorporación no sea obligatoria, es utilizado de distintas formas y con múltiples objetivos en el recorrido de una prueba de saltos¹¹. En las observaciones realizadas, uno de sus usos más frecuentes tiene lugar después de una desobediencia, con el objetivo de “corregir” o “incentivar” al caballo para un nuevo intento de pasar aquel obstáculo. Éstos son los dos verbos más utilizados por los practicantes cuando refieren al uso correcto del azote. Al mismo tiempo, para algunas personas con quién hablé de este tema, el error es siempre “del quien va arriba del caballo” – en general un error de aproximación al obstáculo, que no permitiría la distancia adecuada para que él pudiera saltar, lo que implicaría que éste desobedeciese – y, con esto, el verbo

11 El azote, en el adiestramiento, por lo que pude observar, es únicamente decorativo.

adecuado sería “castigar” el caballo.

El análisis de una situación específica del uso de lo azote, posteriormente a una recusa, permite identificar algunos de los elementos centrales que fueran empleados tanto por quién lo utilizó como por los espectadores, que en general viven y conocen el cotidiano de los deportes hípicos.

“Estaba en la pista un joven caballero (cerca de veinte años de edad) que ya tiene resultados expresivos, incluso en pruebas nacionales con obstáculos en las alturas máximas de este deporte. Él hacía un recorrido perfecto hasta sufrir una desobediencia del animal en la última parte de un “triple”¹² (lo que haría que tuviera que saltar de nuevo las tres partes de este obstáculo, más allá de la pérdida de cuatro puntos y la consecuente imposibilidad de vencer la prueba. Cuando el joven retomó el mismo obstáculo, numerosos espectadores de la prueba consideraron que éste había hecho un uso ostensivo del azote, lo que pude percibir por los comentarios de las personas próximas a mí en la tribuna. Cuando, en la última parte del triple, el caballo volvió a recusar el salto, derrumbando al caballero, esta percepción se incrementó a partir del típico “zum-zum-zum”, que viene de las tribunas en tono de reproche y a partir de los comentarios de una amazona (de cerca de cuarenta años) que permanecía a mi lado, conversando conmigo durante la prueba: “el caballo puede interpretar que el uso del azote fue demasiado y rebelarse”, insinuando que la juventud de quien esté montando puede conducir a esto porque, según ella, “la persona todavía está insegura y quiere mostrar a todos que no tiene miedo y que puede comandar el caballo, con esto puede exagerar, principalmente cuando es un hombre. Es más raro encontrar una joven haciendo demostraciones exageradas de valentía”.

Así, se nota que no es sólo la dimensión del género la que se activa por los practicantes de los deportes ecuestres, para reflexionar sobre la relación con el miedo. La edad, considerando que los deportes ecuestres pueden ser practicados en un nivel competitivo hasta una edad relativamente alta¹³, en comparación con otros deportes, también resulta relevante y, en este sentido, se articulase con la crítica de un coraje que, por “excesivo”, pondría en riesgo la

12 El “triple” es un obstáculo compuesto, con tres partes puestas con pequeña distancia entre ellas, que tienen que ser pasadas en secuencia, sin permitir una buena recomposición entre un salto y otro. Con esto, es considerado uno de los obstáculos más difíciles en un recorrido.

13 En el trabajo de campo estuve con personas que siguen compitiendo, sea en el adiestramiento sea en el salto, hasta los sesenta años.

propia calidad de la participación y, en última instancia, la seguridad del conjunto. Es significativa, en la expresión de la mujer que comentó el desempeño de este joven caballero, la sustitución del término “coraje” por “valentía”, demostración exagerada de la primera, que estaría más cerca de la imprudencia.

De esta forma, así como sucede en otros deportes que implican riesgo (por ejemplo el alpinismo o los llamados “deportes radicales”) o en situaciones de exposición a la violencia, como en los casos de robo a residencias analizados por Coelho (2006)¹⁴, no es la ausencia de miedo lo que caracteriza el comportamiento más valorado, sino las emociones controladas, que orienten la acción hacia el mejor resultado posible en el curso de los hechos.

Desde esta primera observación, empecé a dirigir mi atención hacia las distintas formas de uso del azote, no sólo en situaciones de derrumbes o de recusas, sino en la propia entrada o no en la pista con este accesorio, para verificar si esta decisión se asociaba a alguna característica de género.

Al mismo tiempo, llevé a cabo algunas entrevistas específicas acerca de este tema. En una de ellas, realizada a una amazona de nivel internacional quien trabaja hoy en día como entrenadora, en Río de Janeiro, registré que “uno siempre debe hacer una “corrección” (con el azote) en el caballo, cuando éste hace una recusa. Es lo mismo que se hace con un cachorro o con un niño, que lo aprenden del mismo modo”. Apenas ella habló, sonrió y se corrigió a sí misma, argumentando que aquello era en su época, y que hoy en día no se hace lo mismo con los niños. En seguida explica que la intensidad de esta “corrección” depende de la rabia en el momento, del control emocional y del coraje de la persona, porque existen personas que no conocen la reacción del animal y teme al uso del azote. En general, en su perspectiva, los profesionales hacen una azotada firme y seca, a través de la cual los animales sienten y reconocen su error, pero que no lo lastima.

Este pasaje de la entrevista permite asociar, en la comprensión de una persona con larga experiencia en el medio ecuestre – no sólo por la importancia de su trayectoria como amazona, sino también por su trabajo como entrenadora – el uso del azote como un elemento de autoridad de quien monta el caballo. La referencia explícita a la forma como, en su opinión, debía educarse los niños, con los “correctivos” cuando fuera necesario (queda

14 En este trabajo, al pensar sobre las reacciones a un caso de estos, la autora contrapone el control emotivo de un hombre adulto con la reacción de “una heroicidad que cerca al ridículo” de un hombre de más edad.

sobreentendido que, del mismo modo, con la firmeza necesaria para que el niño sienta que cometió un error, pero sin la intención de hacerle daño, lo que exige un estricto control de las emociones del adulto que hace la “corrección”), remite inmediatamente a la división tradicional de “funciones” en la familia, en que la madre era la responsable del cuidado y el cariño mientras el padre era la figura que ejercía la autoridad y, cuando era necesario, aplicaba las sanciones “correctivas” (Ariés, 1981; Vincent-Buffault, 1988).

Entre tanto, la observación del uso del azote por parte de diversos caballeros y amazonas o, por lo contrario, la opción de entrar a la pista sin este accesorio, muestra una complejidad mayor de la que podría hacer suponer una simple división por sexo. De esta manera, como ya fuera indicado, el componente de la edad aparece en distintas oportunidades como un elemento importante en esta cuestión. En una ocasión el caballo de una amazona de menos de quince años hace una recusa y, en seguida, su entrenador le grita para “corregir” al animal y cuando ella lo hace de modo considerado muy “liviano”, él refuerza, diciendo que debe usar el azote con más fuerza. Aquí, haciendo una comparación con el caso anterior, en el cual la juventud del caballero estuvo conectada con una masculinidad “excesiva” para los parámetros de los deportes ecuestres, en esta amazona (aún más joven que él), ella aparece asociada a una “feminidad” también entendida como “excesiva” (por lo menos en aquel contexto y por su entrenador), una vez que podría llevar el caballo a cuestionar su autoridad, como él mismo lo expresó cuando pudimos hablar sobre lo ocurrido.

Por otro lado, entre caballeros y amazonas “adultos”, principalmente entre aquellos que compiten en las pruebas con obstáculos más altos, el uso de lo azote parece estar más asociado con otro elemento de la corporalidad que permite mostrar, más allá de la división entre “hombres” y “mujeres”, la complejidad de las distintas identidades de género en este espacio social, que es el modo como los caballos son mimados al término de cada competición.

Así, es significativo que Breno (una de las pocas personas que compiten tanto en salto como en adiestramiento, en Río de Janeiro), cuando realiza la prueba de salto no se incorpora a la pista con el azote y, siempre que termina su recorrido, hace muchos mimos al animal, incluso con besos. En algunos momentos en que puede estar con él, en sus entrenamientos o caminando por la hípica al lado de su caballo, puede percibir como siempre está atento a sus animales y los trata con tal cariño que, en sus palabras, expresa “el lado

femenino que todos nosotros tenemos. Hay muchos acá que les gusta la equitación, pero no tanto a los caballos, a mi me gustan los animales, los respeto, los admiro y por eso es que los trato así, con cariño, con atención”.

4. Conclusión

La secuencia de mis observaciones, en relación a los aspectos de la corporalidad, posibilitó un mayor entendimiento de los distintos discursos sobre las relaciones de género y las diferentes identidades, contextualmente asumidas en los diversos momentos de las actividades ecuestres, rompiendo con una perspectiva que entiende la identidad de género como una característica esencializada, fija e inmutable, que definirían hombres y mujeres. La presente investigación permitió, por lo tanto, desarrollar esta interpretación desde una situación empírica en la cual las distinciones de sexo son secundarias en relación a las diferencias de género, posibilitando una crítica más profunda de las perspectivas que entienden el biológico como destino. Desde esta interpretación, el desvanecimiento de las diferencias de sexo que los deportes ecuestres consiguen, permite hacer más visible la importancia de las desigualdades de género que, en general, quedan subsumidas en aquellas.

En este sentido, entiendo que esta investigación pudo significar una contribución hacia lo que Abu-Lughod y Lutz, en diálogo con las teorías de “habitus” de Bourdieu (1983), llaman “corporificación de las emociones”. Así, el hecho de comprender que no sólo lo que hablamos o escribimos, sino nuestro propio cuerpo y nuestros pequeños gestos, construyen una “micropolítica” del discurso emotivo, que permite la aprehensión de las relaciones de poder en el interior de cada sociedad.

De esta manera, la conclusión de esta investigación apunta, más allá de las cuestiones planteadas en este trabajo específico, en la dirección de la necesidad de un mayor desarrollo de los trabajos que involucren los análisis de las emociones y la corporalidad en la interpretación de los aspectos de género en los deportes. Si en este momento lo hice con una mirada comparativa entre dos ciudades – Río de Janeiro y Montevideo – mi intención ahora se dirige hacia las posibilidades comparativas entre dos deportes – los ecuestres y la vela – a través de lo cual intentaré proseguir con las perspectivas aquí presentadas.

Bibliografia

- ABU-LUGHOD, Lila & LUTZ, Catherine. 1990. *Language and the politics of emotion*. New York: Cambridge University Press.
- ARIÈS, Philippe. 1981. *História social da criança e da família*. Rio de Janeiro: Guanabara Koogan Editora.
- BARRÁN, José Pedro. 2004. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- BARTH, Frederik. 1995. “Les groupes ethniques et leurs frontières”. In: S. Poutignat (org.), *Théories de l’ethnicité*. Paris: Le Sociologue. pp. 203-249.
- BOURDIEU, Pierre. 1980. “L’identité et la représentation”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 35: 63-72.
- BOURDIEU, Pierre. 1982. *Ce que parler veut dire*. Paris: Fayard.
- BOURDIEU, Pierre. 1983. “Esboço de uma teoria da prática”. In: R. Ortiz (org.), *Coleção grandes cientistas sociais*, vol. 39. São Paulo: Ática. pp. 46-81.
- BOURDIEU, Pierre. 1992. *A economia das trocas simbólicas*. São Paulo: Editora Perspectiva.
- BUTLER, Judith. 2003. *Problemas de gênero: feminismo e subversão da identidade*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- COELHO, Maria Cláudia. 2006. “Emoção, gênero e violência: experiência e relatos de vitimização”. *Revista Brasileira de Sociologia das Emoções*, 5(13): 39-57.
- CUCHE, Denys. 1999. *A noção de cultura nas ciências sociais*. Bauru: EdUSC.
- DELUMEAU, Jean. 1989. *História do medo no Ocidente*. São Paulo: Companhia das Letras.
- FERREIRA, Rnyldo. 1999. *História do hipismo brasileiro*. São Paulo: Antônio Bellini Editora e Design.
- GALLISSOT, René. 1987. “Sous l’identité, le process d’identification”. *L’Homme et la Société*, 83: 12-27.
- GAY, Peter. 1995. *O cultivo do ódio*. São Paulo: Companhia das Letras.
- HALL, Stuart. 1996. “Introduction: who needs identity”. In: S. Hall et alli (orgs.), *Questions of cultural identity*. London: Sage Publications. pp 1-17.
- MALINOWSKI, Bronislaw. 1997. *Um diário no sentido estrito do termo*. Rio de Janeiro: Record.
- MARAÑÓN, Gregorio. 1933. *Tres ensayos sobre la vida sexual*. Montevideo: Editorial Ulises.
- MOORE, Henrietta. 1997. “Understanding sex and gender”. In: T. Ingold (org.),

- Companion Encyclopedia of Anthropology*. Londres: Routledge. pp 813-830.
- MOURÃO, Ludmila. 2003. “Exclusão e inclusão da mulher brasileira em atividades físicas e desportivas”. In: A. Simões (org.), *Mulher e esporte: mitos e verdades*. São Paulo: Manole. pp. 123-154.
- MOURÃO, Ludmila & GOMES, Euza Maria de Paiva. 2004. “Mulheres na administração esportiva brasileira: uma trajetória em curso”. In: A. Simões & J. Knijnik (orgs.), *O mundo psicossocial da mulher no esporte*. São Paulo: Aleph. pp. 305-318.
- NASCIMENTO, Pedro. 2007. “Antropologia, feminismo e masculinidades”. In: A. Bonetti & S. Fleischer (orgs.), *Dossiê entre pesquisar e militar*, http://www.cfemea.org.br/pdf/dossie_entre_pesquisar_militar.pdf.
- OLIVEIRA, Gabriela. 2004. “Mulheres enfrentando o desafio da inserção, ascensão e permanência no comando de equipes esportivas de alto nível”. In: A. Simões & J. Knijnik (orgs.), *O mundo psicossocial da mulher no esporte*. São Paulo: Aleph. pp. 319-336.
- PIZZORNO, A. 2000. “Risposte e proponte”. In: D. Della Porta (org.), *Identità, riconoscimento, scambio*. Roma: Editori Laterza. pp 197-245.
- ROJO, Luiz Fernando. 2002. *Os diversos tons do branco: relações de amizade entre estudantes de Medicina*. Rio de Janeiro: Litteris.
- ROJO, Luiz Fernando. 2005. “Discursos sobre emoção entre atletas olímpicos brasileiros”. *Esporte e Sociedade*. Disponível em: <http://www.esportesociedade.com>.
- ROJO, Luiz Fernando. 2009. “Igualdade de sexo, desigualdade de gênero”. Relatório final de pesquisa. Pesquisador-associado. FAPERJ.
- ROMERO, Elaine. 2005. “E agora, vão fotografar o quê? As mulheres no esporte de alto rendimento e a imprensa esportiva”. *Labrys: estudos feministas*, 8. Disponível em: <http://www.unb.br/ih/his/gefem/labrys8/perspectivas/elaine.htm>.
- ROSALDO, Michelle. 1995. “O uso e o abuso da antropologia: reflexões sobre o feminismo e o entendimento intercultural”. *Horizontes Antropológicos*, 1(1): 11-36.
- SCHEFF, Thomas. 1977. “The distancing of emotion in ritual”. *Current Anthropology*, 18(3): 483-505.
- SIMÕES, Antonio Carlos & KNIJNIK, Jorge. 2004. *O mundo psicossocial da mulher no esporte: comportamento, gênero, desempenho*. São Paulo: Editora Aleph.

- SAID, Edward. 1990. *Orientalismo: o Oriente como invenção do Ocidente*. São Paulo: Companhia das Letras.
- SIMON, Jean-Pierre. 1979. "Aspects de l'ethnicité bretonne". *Pluriel-débat*, 19: 23-43.
- SMYTHE, Pat. 1992. *Leaping life's fences: an autobiography*. London: The Sportsman's Press.
- SPIVAK, Gananath. 1988. "Can the subaltern speak?" In: C. Nelson & L. Grossberg (orgs.), *Marxism and the interpretation of culture*. Illinois: University of Illinois Press. pp.271-313.
- STRATHERN, Marilyn. 2006. *O gênero da dádiva: problemas com as mulheres e problemas com a sociedade na Melanésia*. Campinas: Editora da Unicamp.
- TERRA, Mano. 2009. "A influência do gaúcho na cultura de três países". Disponível em: <http://www.inta.gov.ar/mercedes/grupocampos/XVII/Terra.pdf>.
- VALE DE ALMEIDA, Miguel. 1995. *Senhores de si: uma interpretação antropológica da masculinidade*. Lisboa: Fim de Século Edições.
- VALPORTO, Oscar. 2006. *Atleta, substantivo feminino*. Rio de Janeiro: Casa da Palavra.
- VELHO, Gilberto. 1994. *Projeto e metamorfose: antropologia das sociedades complexas*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- VIDART, Daniel. 2006. *Caballos y jinetes*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- VINCENT-BUFFAULT, Anne. 1988. *História das lágrimas*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.